



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 131 – 20 de mayo de 2016

En este número

1. Me dejan «pasmao», *Emilio Álvarez Frías*
2. La muerte de Leopoldo Panero, *José M^a García de Tuñón Aza*
3. Pasión de los humildes, *Fernando García de Cortázar*
4. ZP y la farsa de la «Comisión de la verdad», *Luis Balcarce*
5. Covadonga: la primera pedrada en la frente del huracán Omeya, *Álvaro Van den Brule*
6. Bolívar y el «Decreto de Guerra a Muerte», *Somateps*
7. España, vieja patria, *Francisco Ortiz*
8. La Chusma

Me dejan «pasmao»

Emilio Álvarez Frías

Escuchando a los políticos en la segunda parte del espectáculo de las elecciones generales que estamos celebrando, y que no se sabe cuánto durarán, y viendo sus actitudes actuales, uno se queda un tantico «pasmao». Y no digo pasmado porque es mucho más que lo que nos asegura este adjetivo.

Hace apenas unos días ladraban –dicho coloquialmente– como lebreles tras su presa, que no era otra que la oposición en el intento de asalto –dicho también en términos coloquiales y recordando el asalto de los almonteños en el Rocío para tomar sobre sus hombros a la Blanca Paloma– a lo que representa el palacio de la Moncloa. Todo era poco menos que proferir palabras para zaherir a los oponentes, despreciar sus comportamientos, vilipendiarlos con todo lo que se les ocurría, que, aunque no era muy variado, sí muy repetitivo. Hemos de decir que de estos comportamientos no hay más remedio que exceptuar al PP que en todo momento ha sido capaz de mantener las buenas formas.

Además de esa actuación, que no lleva a ninguna parte, no han sido capaces de decir cosa distinta a que hay que desmontar al PP del gobierno de la nación, que el programa que ellos patrocinan es de cambio y progresismo y es el necesario para sacar a España de los andurriales en los que anda metida, etc. Pero, como hemos dicho hasta la saciedad, y hasta nosotros nos aburrimos al repetirlo, no hay forma de que expliquen en qué consiste el cambio y el progreso.

Todos quieren cambiar el país e implantar el progresismo. ¡Qué bien! Incluso ahora, que han bajado los aires y ya no fomentan los huracanes sino que prefieren los vientos tramontanos del Ampurdán, por poner un ejemplo, siguen en tono más suave aunque con la misma cantinela.

¿Y con qué mimbres quieren hacer el cambio y poner en marcha la máquina del progreso? ¡Ah!

El líder socialista, innovador, creador por demás, se ha sacado de la manga un gabinete –antes de llegar a tocar poder–, en el que ha reunido a viejas glorias junto con algunos bisoños

trepadores. ¡Pero hombre, como recurres a figuras que estuvieron en la bancada de Felipe González junto con ministros que pasaron por los dormitorios de Soto del Real! No es que les culpemos de nada, pero no cabe duda de que con ellos tuvieron que aprobar decisiones durante las reuniones del Consejo de Ministros, que sin duda participaron activamente en el desmembramiento de la justicia, en revolver la enseñanza de los jóvenes, y en un largo etcétera que permitiera a Alfonso Guerra decir, con su «malage» proverbial, aquello de que «a Español la iba a conocer ni la madre que la parió», y que, más tarde, hicieran pronunciar a Aznar en sede parlamentaria aquella otra frase antológica de ¡Señor presidente, váyase!, que no ha llegado a copiar Pedro Sánchez como la más lustrosa de «Puedo prometer y prometo» debida a Adolfo Suárez; y acudes a otros que pasaron igualmente por los gabinetes de Zapatero, el más nefasto de los gobernadores españoles desde sabe Dios cuándo, que terminó de cargarse la enseñanza, fomentó hasta índices elevadísimos el problema de Cataluña, se inventó la estupidez de la «alianza de civilizaciones», se sacó de la manga la Ley de Memoria Histórica quizá dictada desde el más allá por su abuelo, colaboró ampliamente con los líderes del bolivarismo (y lo sigue haciendo estos días en un viaje que nunca debió emprender), y no dejó nada que pueda ser tenido en cuenta en la historia del país, sino cosas que hay que olvidar para el bien general; echando mano también de unos cuantos bisoños –probablemente por modernizar el elenco– de los que no nos permitimos opinar dado que desconocemos sus haceres en estas lides de los negocios de la república, que dirían los antiguos.

Si nos paramos un momento en los muchachos de Podemos, la cosa es mucho más nefasta. Aunque hayan recurrido a actuar con sordina al advertir que los ladridos en estos momentos no son aconsejables, su oferta de cambio es hacia atrás, a lo que dio origen a una lamentable guerra entre españoles, a los programas frentepopulistas que solo preconizan oscuridad, protervas artes en política, retroceso en el avance de los españoles, y por ende deterioro de lo que es España, a la que, por sus malas mañas, parecen empeñados en hacer desaparecer.



El cambio de ladrar como lebreles a actuar como comadreas no cambia el panorama. Al menos los lebreles presentan una elegancia en el porte de la que carecen las comadreas.

Como se ve, nuestro ánimo no parece que esté para cantar una buena jota navarra en la que salgan a relucir la hombría y el amor a la patria. Pero ¡cuidado!, que no por ello dejamos atrás la esperanza que siempre nos acompaña en todos los actos de la vida. Vemos cada día, alegres, cómo, a pesar de todo, vuelve a reír la primavera, nos despertamos con ilusión mirando cara al sol, y confiamos a nuestros compatriotas que, al final, sabrán qué hacer para ver crecer la semilla en esta tierra que nos vio nacer, nos acompaña en la vida y nos acogerá cuando Dios lo decida. Y para poner de manifiesto nuestra esperanza tomamos un antiguo y magnífico botijo navarro, vidriado, que hará las veces de jota recia de demostrado amor a España, y guardadora de la tradición.

La muerte de Leopoldo Panero

José María García de Tuñón Aza

Leopoldo Panero, el que escribió en un verso: *La irrenunciable sed de José Antonio / era sed de* **U**nidad, muere en su casa de Castrillo de las Piedras (Astorga) el 27 de agosto de 1962,

donde se hallaba en compañía de su esposa y sus hijos. Ese día el poeta dice a su mujer que se encontraba mal y que fuera a llamar al médico. Ella corre en su busca. Lo encuentra cuando se disponía ir a una fiesta. Al regresar a casa el poeta parece que se encuentra mejor, hasta da la impresión que ha recobrado el color de su cara. El médico le toma el pulso y dice que no le ve nada anormal. Marcha, pero una nueva llamada le hace volver. Sigue sin verle nada grave y le manda tomar una pastilla. El poeta queda tranquilo y su mujer lo deja solo para que descanse un rato. Pasa el tiempo, sube a la habitación, le coge la mano: está helada y no le encuentra el pulso. Manda buscar esta vez al practicante porque sabe que no encontrarán al médico. Cuando sube a la habitación le explica lo que pasa, le abre los ojos y volviéndose hacia ella no sabe cómo decírselo, pero la mujer ve en aquella mirada el reflejo de la muerte del poeta y de que todo se acabó: «¿No me irá a decir que está muerto?». «Qué puedo decir. Sí, está muerto».



*Déjame, Señor, así;
déjame que en Ti me muera
mientras la brisa en la era
dora el tamo que yo fui.*

*Déjame que dé de mí
el grano limpio, y que fuera,
en un montón, toda entera,
caiga el alma para Ti.*

*Déjame cristal, infancia,
tarde seca, sol violento,
crujir de trigo en sazón:*

*coge, Señor, mi abundancia,
mientras se queda en el viento
el olor del corazón.*

Se produce un silencio solamente roto por las plegarias del sacerdote que se inclina ante el cadáver. Empieza a llegar gente, las hermanas de Leopoldo gritan y lloran, pero la muerte no es eso, no ha sido nunca eso, «la muerte es el silencio», escribió su mujer Felicidad, a la que antes había dedicado estos versos:

*para morir contigo cada día,
Felicidad te quiero. ¡Oh insondable
pasión de la vejez en largo sueño!*

Ese mismo día otro poeta, José García Nieto, recibe la noticia de la muerte de su amigo. Se encontraba en un pueblo cerca de Guadarrama. Camina hacia la ermita del Cristo de Gracia, de las Navas, «estaba vacía. Recé por él, creo que con él, todavía sentado, como si estuviéramos hablando de la vida, de la poesía, de la muerte, de todo eso que él nos enseñó que podía ser uno. Había una rendija hacía el sol de fuera en la puerta de Dios. Por ella se veía esa encina grande, de fuertes brazos, como muerta de pie, que da historia y referencia del pueblo. El árbol, el poeta, estaban allí, sobre la muerte». Y a continuación García Nieto escribe este hermoso soneto:

*Busco tu compañía en esta ermita
donde he entrado a rezar por ti, tocado
de soledad, herido y asombrado
por todo lo que un golpe precipita.*

*Y tú no estás. ¿O no era aquí la cita?
Estoy solo. Pasaba. Me han llamado.
Y era tu voz; la voz del desterrado*

que en el desierto del poema grita.

*Torre de hombría, paz andante, lumbre
cautiva, acostumbrada pesadumbre:
¡cuánto valor sin sitio y tan aparte!*

*Rezo sin entender... ¿Cómo podía
haber sido...? En la Cruz, Él me decía
que lo mejor estaba de su parte.*

Después, García Nieto, junto con otros poetas y escritores como Ridruejo, Laín, Vivanco, Crémer, etc., acompañaría los restos mortales de Panero al cementerio de Astorga, donde desde entonces descansan en el panteón familiar.

Pasión de los humildes

Fernando García de Cortázar

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Deusto

En momentos trascendentales, como los que sin duda se están viviendo en Cataluña, regresa la sensación que se tuvo en los tiempos más duros de nuestra historia. Tiempos difíciles, en los que la idea construida por los intelectuales y los dirigentes políticos se quedaba a solas, en un desierto poblado por iracundos y criminales. Sobre la tierra en la que el espíritu se reducía a cenizas, consumido por la ferocidad del desalmado o la flaqueza del abúlico, siempre asomaba la rectitud sencilla de los hombres y las mujeres humildes de España.

Cuando ciertas elites sin pulso han esquivado su compromiso con la nación y han buscado el rincón más oscuro de la historia, el pueblo ha puesto su honradez sin aspavientos y su conciencia insobornable al servicio de la permanencia de España. Cuando doblaron las campanas de sangre del verano de 1936, fue el pueblo el que, a ambos lados de aquella atroz carnicería, quiso salir en defensa de lo que veían, unos y otros, como la patria en peligro. La turbación que nos causa aquella violencia entre hermanos no puede hacernos olvidar que en el pueblo habitó, por encima de cualquier otra cosa, una tersa avidez de España. La gran paradoja, precisamente, de aquella guerra incivil fue esa defensa de España cuyo cauce se trastornó por la mezquindad de quienes, bajo las dos banderas, habían perdido el más indispensable de los sentidos en tiempos de quiebra nacional: el de la integración. Por debajo de su torpe egoísmo social o su rebeldía bravucona, los españoles de a pie, campesinos y trabajadores clases medias urbanas y rurales, herencia viva de una continuidad histórica, desearon manifestar a cada instante la voluntad de vivir de España. De todas formas, en ellos también anidó el exceso de pasión que conduce a graves errores, en momentos en que la radicalización de la vida política alcanzaba niveles inauditos de intolerancia y fanatismo, y en una etapa en que la guerra normalizó la espantosa banalidad de la violencia.



Aquellos españoles formados en la sobriedad pudieron sentir la excitación de los momentos más dramáticos de aquel conflicto. Sus yerros, sus excesos, incluso sus crímenes, como su abnegada disposición al sacrificio, no fueron resultado del cálculo interesado, sino producto de un ferviente deseo de salvar a una nación puesta en peligro. Porque de eso poca duda puede cabernos. Para rojos y azules, para republicanos y nacionales, para revolucionarios y moderados, España estaba en riesgo de dejar de existir. No en alguna de sus formas concretas de organización política, sino en su misma condición de comunidad histórica significativa. A esos

españoles nunca podrá achacárseles la frialdad administrativa de quienes mataban por delegación, ni la falta de escrúpulos de quienes llevaron la contabilidad de la matanza en el espacio a salvo de la retaguardia. Esos españoles deseaban salvar el honor de esta nación, su deseo de existir con justicia, su disposición a ocupar un lugar en el mundo que fuera digno de su historia y de su voluntad de empresa universal.

Un país siempre se encuentra a una sola generación de perder los valores que lo constituyen como nación. Lo que hace necesaria la permanencia de una comunidad no se transmite por herencia, sino por un tremendo esfuerzo de educación familiar, escolar, de espacios públicos, de debate intelectual, en aquellos principios que vertebran una convicción colectiva. Hace casi ochenta años, la catástrofe de la guerra tuvo un ingrediente que nos conmueve: el pueblo español combatió, siempre, en ambos lados, por proteger la pervivencia de España. Fue víctima de la seducción de los cobardes y de los antipatriotas. Fue llevado a un conflicto que cortó de raíz las esperanzas del regeneracionismo moderado y tolerante. Fue carne de cañón y sangre de campaña. Pero en sus motivaciones se encontró lo más limpio de aquel escenario atroz, y en su sacrificio sin recompensa se halló el remordimiento de quienes, habiendo alzado las banderas de la discordia y el radicalismo, proclamaron, más tarde, su deseo de que todo aquello no volviera a repetirse.

Tantos años después, en un momento en que España es impugnada, regresa la pasión de los humildes desde el fondo del silencio. En una severa querrela civil, las elecciones celebradas en Cataluña el día 27 de septiembre nos han permitido asistir al invencible espectáculo de una españolidad que se ha volcado en los pueblos del cinturón industrial barcelonés y en los barrios más pobres de la capital. La conciencia nacional se ha manifestado en las zonas en las que la defensa de España no es fruto del cálculo leguleyo ni de una trama interesada de inversores, sino de una voluntad que ha estado callada hasta poder expresarse con tanta moderación ideológica como contundencia cívica.

España ha sido defendida, en su historia, en su realidad y en su proyecto, en las calles habitadas por quienes disponen de menos recursos. Mientras en los barrios altos de Barcelona, la burguesía se dejaba seducir por el discurso de una independencia contable, quienes han padecido los efectos más duros de la crisis, quienes sufren los recortes pavorosos que se han producido en la sanidad pública catalana, acudieron en tromba a votar, en muchos casos por vez primera, porque esta vez tocaba defender de nuevo la voluntad de permanencia de España. Han sabido, con ese vigor del conocimiento que no se deja engañar por la propaganda y es inexpugnable a la deformación, que no sólo se les estaba quitando bienestar, servicios públicos o derechos sociales. Esos ya los han perdido bajo la gestión del nacionalismo. Han percibido mucho más: que lo que se les estaba expropiando ahora, después de todo lo demás, era su condición cívica, su conciencia nacional. Y no han querido soportarlo ni tolerarlo. Honor a los valientes.

ZP y la farsa de la «Comisión de la verdad»

Luis Balcarce

El pacificador Zapatero, el gran financiador de populismos de extrema izquierda en América Latina

Si el chavismo tuvo un aliado en Europa muchos antes que Podemos, ese fue José Luis Rodríguez Zapatero. De ahí que la visita del ex presidente socialista a Venezuela para intentar rebajar la tensión entre el Gobierno de Nicolás Maduro y oposición suene a un mal chiste. Porque Zapatero no solo ha sido fiel amigo de los populismos latinoamericanos sino también un chollo en términos de ayudas, subvenciones y venta de armas.

El ahora *pacificador* fue antes *patrocinador* de los mismos que han llevado a Venezuela al desastre y ahora viaja a Caracas a resolver el caos social que él alimentó con su complicidad con los sátrapas bolivarianos.

No había pasado ni un año desde que asumiera el poder y Zapatero ya estaba negociando con Hugo Chávez la venta de buques de vigilancia costera y aviones de transporte bajo la absurda excusa de que ese material no iba a tener ningún carácter ofensivo y que pretendía contribuir a la seguridad y la lucha contra el narcotráfico «en beneficio de los pueblos» como llegó a afirmar ZP con esa cursilería tan marca de la casa.

Un auténtico visionario visto los escándalos de tráfico de drogas en el que se vieron involucrados desde el número dos de Chávez, Diosdado Cabello, hasta los sobrinos de su sucesor, Nicolás Maduro.



Del acuerdo por la construcción de ocho patrulleras militares se ocupó personalmente el entonces ministro de Defensa, José Bono, que viajó en secreto a Caracas para firmar el suculento contrato de 1.200 millones de euros.

El negocio de las patrulleras enfrentó al Gobierno de ZP con Washington según quedó reflejado en los documentos de Wikileaks y Bono tuvo que llamar a Julio Iglesias para

restablecer el diálogo con la Casa Blanca como admite en sus Memorias.

42 millones en mordidas de Navantia

Pero lo que ya nadie se acuerda es que el negociete de los barcos y las patrullas hizo ricos a varios funcionarios venezolanos y españoles a los que les tocó un pellizco de 42 millones en comisiones.

Fue el caso de Javier Salas Collantes, último presidente del Instituto Nacional de Industria (INI), que salió del Gobierno en 1996, y el que fuera su subordinado en el INI Antonio Rodríguez-Andía. Cada uno se llevó seis millones de euros en mordidas, más las que admitieron haber pagado a altos cargos de la Armada de Chávez.

«La venta de los buques se firmó el 28 de noviembre de 2005 en Caracas. Poco antes, el 30 de septiembre, Navantia firmó un acuerdo mediación con la empresa Rebazve Holding Ltd., a la que otorgó una comisión del 3,5 por ciento de la venta, 42 millones de euros. A su vez, Rebazve contrató a Rodríguez-Andía, expresidente de la pública Trasatlántica, y le pagó doce millones de euros, de los que seis terminaron en cuentas del que fuera su jefe en los primeros gobiernos de Felipe González, Salas Collantes», según informó ABC en 2012.

Raúl Morodo, el hombre de ZP en Caracas

Los negocios del zapaterismo también engordaron los bolsillos de Alejo Morodo hijo del ex embajador español en Venezuela, Raúl Morodo, y que ha cobrado al menos 3,8 millones de euros en comisiones de la petrolera estatal venezolana gracias a una sociedad pantalla panameña de PDVSA (Petróleos de Venezuela) con cuenta en Suiza por supuestas labores de «asesoría jurídica».

Alejo Morodo se lo debe todo a su padre, el diplomático socialista Raúl Morodo, y a las excelentes relaciones de este con el régimen de Chávez.

El diplomático socialista Raúl Morodo fue un chavista convencido y pieza clave en la relaciones entre el régimen del sátrapa populista y Zapatero. Su compadreo con los populistas venezolanos era tal que dio pábulo a historias extravagantes como aquella que destapó el periodista Nelson Bocaranda Sardi y en la que contó cómo un día Chávez llamó a Morodo a Miraflores para viajar con él en su avión presidencial para «un viajecito de ida y vuelta de unas dos horas al interior del país».

Cuando aterrizó la aeronave estaban en La Habana. Chávez le presentó a Morodo a los hermanos Castro y el viaje duró hasta el otro día. Morodo no tenía más ropa con él y así terminó el viaje de unas 30 horas. Morodo vio una excelente oportunidad para presentar a Rafael Ramírez, presidente de PDVSA, a su hijo Alejo. De aquellos viajes, esas asesorías bien pagadas con el dinero de todos los venezolanos.

Lo primero que hizo Raúl Morodo Leoncio al llegar a Caracas en 2004 fue advertir al personal de la embajada española que «de ahora en adelante se acababan los flirteos con la oposición al gobierno de Chávez en esta delegación diplomática que ha venido siendo cuestionada por el apoyo del anterior embajador a los golpistas de abril del 2002».

Exégeta del chavismo

El socialista Morodo, protagonista de la Transición, fundador del Partido Socialista Popular (PSP) y el hombre que acuñó el apodo de «viejo profesor» a Tierno Galván, tenía línea directa con lo más granado del poder chavista. «Sólo otro embajador, el de Cuba, Germán Sánchez Otero (“El Komissar”) tenía hasta ahora ese privilegio revolucionario», desveló el diario *El Universal*.



Morodo dejó testimonio de su lealtad a Chávez en un elogioso artículo publicado en *El País* el 6 de enero de 2006 en el que defendía que «Chávez, Lula, Kirchner, Morales, Tabaré Vázquez y, eventualmente, López Orador, en México, y Ortega, de nuevo, en Nicaragua, pretenden un amplio desarrollo social, salir de la endémica pobreza y de la dependencia frustrante, no prescindir de las libertades y asentar una multilateralidad productiva».

Iñaki Anasagasti, nacido en Venezuela, tiene un mal recuerdo de Morodo:

En 2005 fuimos a Caracas como observadores una delegación de las Cortes Generales a sus elecciones legislativas y ni nos recibió en el aeropuerto, como tenía obligación. Nos ofreció una cena donde no estuvo. Y además se volcó en apoyar a Chávez llegando incluso a escribir un artículo laudatorio que la oposición la tiene tatuada a fuego. Allí le conocí a Monedero. Presentamos una Moción sobre él, y públicamente se rio de la misma. Un indeseable total. Y un vividor. Siempre sospechamos que hacía negocios con el chavismo. Lo que pasa es que se ha centrado toda la crítica en Podemos, pero ahí está Morodo sobre quien empiezan a aparecer informaciones de gruesas irregularidades. Al parecer su hijo se ha forrado a cuenta de comisiones corruptas. Seguramente detrás está él.

Dinero a espuestas para financiar populismos

La generosidad de Zapatero con los populismos de izquierdas era directamente proporcional al dinero que por otra ventilla salía hacia la Fundación CEPS, el germen de lo que hoy es Podemos y que hoy amenaza engullir al PSOE.

La Venezuela de Chávez recibió unos 54 millones de euros a fondo perdido, una cantidad modesta comparados con los 125 millones que regaló a la Cuba de los Castro o los 70 millones de euros de deuda que condonó a la Bolivia de Evo Morales.

Zapatero tenía una especial debilidad por el cocacolero Morales al que le soltó 330 millones desde 2009 a 2011, a lo que se suman los 220 millones de euros que donó España entre 2006 y 2008.

Quienes no disfrutaron de la bondadosa chequera española fueron las asociaciones de derechos humanos de Venezuela, a las que se las marginó de las ayudas en 2009 para no enfadar al líder revolucionario. Lo que el pacificador Zapatero les negó a las víctimas del chavismo fue a parar a

las arcas de los gays y lesbianas de Zimbabwe con ayudas por valor de 28.810 euros o destinado a levantar un observatorio de género de Camboya que costó 150.000 euros en 2011.

ZP se presta a la farsa del chavismo

El último favor que le hace Zapatero a la causa chavista es prestarse a la farsa de la «Comisión de la Verdad» de Nicolás Maduro para esclarecer lo ocurrido en las manifestaciones de 2014, por las que están encarcelados varios opositores, entre ellos Leopoldo López y con la que un acorralado Maduro espera frenar la Ley de Amnistía proclamada por la Asamblea Nacional.

Zapatero participará junto con los ex mandatarios de Panamá Martín Torrijos y de República Dominicana Leonel Fernández, y no podrá alojarse en la embajada de España en Caracas por haber sido llamado el embajador español Antonio Perez-Hernández a consultas como gesto de protesta por los comentarios de Maduro contra Rajoy. La Comisión de la Verdad está integrada por 16 altos cargos del Gobierno de Venezuela y solo cuatro opositores al chavismo.

Covadonga: la primera pedrada en la frente del huracán Omeya

Álvaro Van den Brule

Si recordamos la obra póstuma de Vincent Van Gogh *–Los cuervos comedores de trigo–*, datada el año de su muerte en 1890, nos podríamos transportar a una plaga acontecida once siglos atrás en lo que hoy configura Castilla que asoló las cosechas a manos de estos pájaros de mal agüero en el imaginario popular. Mal augurio, mal pronóstico. No, no fue un buen año. Esto ocurría durante el desenlace del triste y breve reinado de Don Rodrigo, el último rey visigodo, también un año antes de su viaje definitivo en la batalla de La Janda. Este episodio trascendía el carácter de tragedia, calificativo benévolo para con lo ocurrido, pero daba paso al balbuceo de una nación.



Estaba Rodrigo combatiendo a los vascos una vez más en una trifulca sin mayor fundamento, y que se podía haber resuelto con un apretón de manos sin necesidad de desplazarse al norte a exhibir músculo. Se cree también que fue deliberadamente mal informado por los partidarios de Witiza con el tradicional recurso del «pajarito», para dejar expedito el camino de la invasión de los árabes y bereberes, que coincidiendo con las escaramuzas en el norte ya estaban hollando las playas de Tarifa.

El contingente que se encaminó al norte

Tras la invasión musulmana de la Península Ibérica, los locales, que estaban con el paso cambiado, sumaban derrota tras derrota. Once años más tarde y con el reino hispano-visigodo postrado y directamente en fuera de juego, despuntaba la primavera en el 722, cuando a un inspirado noble asturiano le interrumpió un mensajero llegado a uña de caballo su plácida ingesta de pastel de cabracho. Era avisado de que un fuerte contingente de exploración sarraceno se había colado hasta la cocina.

En principio, fueron acciones testimoniales localizadas en el área del Auseva y Onís, las que enfrentaron a los autóctonos contra los invasores. Pequeñas partidas de campesinos sin líderes conocidos en ocasiones y otras nobles liderando la espontánea contestación.

Al parecer según los cronistas, un destacamento de turbantes se había hecho fuerte en Gijón, pero eran incapaces de salir extramuros, pues la constante erosión de las emboscadas de los locales, los tenían contra las cuerdas. Pero desde el Emirato de Córdoba empezaron a sospechar

de la falta de noticias de sus hermanos en Allah y prepararon una expedición para socorrerlos. Como un río que fluye hacia arriba, unos dos mil jinetes tomaron la dirección del norte.

Los seguidores de Mahoma llevaban cerca de un siglo arrasando a su paso desde las profundidades de las arenas del Rub al-Khali –el mayor arenal de Arabia–, cualquier titubeo contra los designios de su todopoderoso Dios paralelo. Eso sí, cuando tropezaban con una montaña, la cosa se les complicaba seriamente. Y esto fue lo que pasó en Asturias, País Vasco, la zona norte de la impenetrable Galicia, y en general, en el conjunto de la cornisa cantábrica. La enorme masa de tupidos bosques y una orografía intensa sumada a unos combatientes, más que motivados, bastante cabreados, amortiguarían el ímpetu inicial de aquel imparable flujo conquistador.

Un vigoroso pueblo musulmán, un joven e imponente imperio con una explosiva expansión, había laminado a la decadente monarquía visigoda con una fuerza arrolladora en un momento de máxima fragilidad y guerras internas entre partidarios de Witiza y del rey Rodrigo. Algunas *aceifas* –escaramuzas de exploración–, llevaban el sello de la advertencia en el sur de la península. A duras penas, se conseguía rechazar estos conatos de invasión, cada vez más alarmantes.

Con una poderosa caballería y unos jinetes impregnados de una fe monoteísta a prueba de bombas, oleadas de sus creyentes cruzaron la entera piel de toro como una exhalación. Para ellos, el «infiel» cristiano, era un politeísta adorador de una incomprensible trilogía llamada Trinidad, lo cual al parecer, era argumento más que suficiente para no dejar títere con cabeza.

Algunos arrasarían el sur de Francia mientras otros intentarían meter en cintura a los levantiscos astures. Entre Poitiers y Tours, los francos, con Carlos Martel a la cabeza, cien años después de la muerte del profeta Mahoma, un día 10 de octubre del año 732, tras una batalla muy indecisa en todo momento, casi al borde de la caída de la tarde, consiguieron detener el imparable avance sarraceno. La cristiandad podía respirar, aunque con ventilación asistida.

Una escabechina épica

Lo de Covadonga era otra cosa. En un terreno poco propicio para la eficiente caballería árabe, unos motivados lugareños hostigaban sin cesar desde imponentes montañas a los invasores. Descomunales piedras removidas a base de palanca caían sobre la horda de turbantes como si de un descomunal granizo celestial se tratara, causando estragos de pronóstico reservado entre los vociferantes mahometanos, mientras honderos de técnica impecable arreaban pedradas de precisión casi quirúrgica a aquellos osados que intentaban escalar los riscos donde se desarrollaban las primeras acciones de resistencia. Golpes de mano constantes y un grupo cada vez más nutrido de fugitivos que huían de la meseta, entre los que estaba la diáspora de la elite visigoda y entre ellos el también noble Pelayo, infligirían a los confiados mahometanos, severas y durísimas derrotas que invertirían la dinámica de un paseo militar.

Covadonga no tiene la calificación de una batalla colosal entre las partes en litigio, pero si la épica de una nación que resucita de forma milagrosa de sus estertores en una naturaleza geográfica que como única puerta de salida tenía al mar. No había elección.



La parte épica, la parte antológica, es la concerniente a la forma en que se desarrolló la escaramuza. Pelayo y trescientos afectos, conscientes del destino que les esperaba, plantaron cara a la caballería sarracena en el desfiladero. La cueva era el último reducto en caso de una

defensa a ultranza, pero afortunadamente para él y los suyos, no fue necesario su uso –más allá de la nutrieute logística–, por mucho que se haya insistido en ello.

Aproximadamente a trescientos metros del lugar que indica la historia, es al parecer donde se produjo el enfrentamiento. Una lluvia de piedras, lanzas, flechas y rocas de buen tamaño, hicieron su trabajo. La escabechina fue monumental sin duda. Los seguidores de Mahoma llegaron a la conclusión para los restos de que Asturias no era una zona de interés turístico. En lo sucesivo, y aunque llegarían al mar por Gijón, abandonarían ante el hostigamiento sostenido, todas las plazas fuertes que tan prematuramente habían instalado en lo que hasta entonces había sido una fácil invasión.

Aquellos asturianos de entonces, con sus persuasivos métodos de antaño y su proverbial «herramienta de convencer», la pedrada, frenaron en una desigual batalla la inercia ganadora del huracán Omeya.

Empezaba la reconquista y un ejercicio de paciencia.

Tomado de *El Confidencial*

Bolívar y el «Decreto de Guerra a muerte»

En el mes de enero de 1813, antes de que empezara la campaña de Bolívar, el caudillo venezolano Antonio Nicolás Briceño junto a otros oficiales patriotas diseñaron un plan para liberar Venezuela –cercano a una proclama xenófoba bordeando los límites del genocidio– la que se dio el nombre de *Convenio de Cartagena*. Entre sus artículos destacados podemos citar:

En el nombre del pueblo de Venezuela se hacen las proposiciones siguientes para emprender una expedición por tierra con el objeto de libertar a mi patria del yugo infame que sobre ella pesa. Yo las cumpliré exacta y fielmente pues las dicta la justicia y que un resultado importante debe ser su consecuencia.

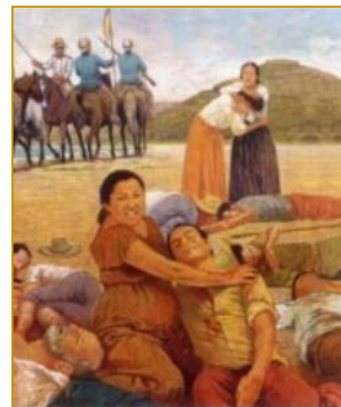
Primero: serán admitidos a formar la expedición todos los criollos y extranjeros que se presenten conservando sus grados. Los que aún no han servido obtendrán los grados correspondientes a los empleos civiles que hayan desempeñado y en el curso de la campaña tendrá cada cual el ascenso proporcionado a su valor y conocimientos militares.

Segundo: como el fin principal de esta guerra es el de exterminar en Venezuela la raza maldita de los españoles de Europa sin exceptuar los isleños de Canarias, todos los españoles son excluidos de esta expedición por buenos patriotas que parezcan, puesto que ninguno de ellos debe quedar con vida no admitiéndose excepción ni motivo alguno; como aliados de los españoles los oficiales ingleses no podrán ser aceptados sino con el consentimiento de la mayoría de los oficiales hijos del país.

Tercero: las propiedades de los españoles de Europa sitas en el territorio libertado serán divididas en cuatro partes, una para los oficiales que hicieron parte de la expedición y hayan asistido a la primera función de armas haciéndose su reparto por iguales porciones con abstracción de grados, la segunda pertenece a los soldados, indistintamente las otras dos al Estado. En los casos dudosos, la mayoría de los oficiales presentes decidirá la cuestión [...]

Noveno: para tener derecho a una recompensa o a un grado bastará presentar cierto número de cabezas de españoles o de isleños canarios. El soldado que presente 20 será hecho abanderado en actividad, 30 valdrán el grado de Teniente, 50 el de Capitán...

Cartagena de Indias, 16 de Enero de 1813. Antonio Nicolás Briceño



Esta proclama fue transformada en decreto por Simón Bolívar el 15 de junio de 1813, llegando a conocerse como el «Decreto de Guerra a Muerte».

Tomado de *Somatemps*

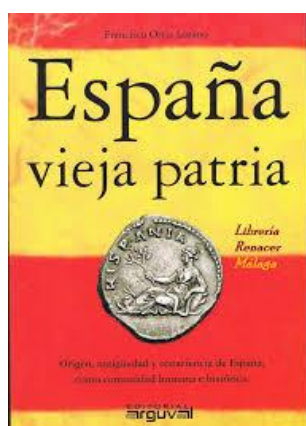
Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

España, vieja patria

Francisco Ortiz

Editorial Arguval (Málaga), 2015, 821 páginas, 170 fotografías e ilustraciones, 37 mapas, 13 árboles genealógicos, 23 euros.

En Francisco Ortiz resulta tan importante el sujeto de estudio como el marco en el que aquel se enclava. Además, las páginas en que el autor narra el contexto histórico denotan su formación y profesión pedagógica, consiguiendo transmitir al lector una visión de la Historia con mayúsculas, que prima la claridad y la exhaustiva explicación de los datos y las fuentes sobre el lenguaje oscuro y elitista tan propio de la mayoría de las obras actuales, más preocupadas en la apariencia de conocimiento que en el conocimiento en sí.



Un estilo narrativo, pues, que representa uno de los fuertes de nuestro autor y que, como no podía ser menos, está presente en *España, vieja patria*.

No me resisto a señalar algunas ideas que se desprenden de *España, vieja patria*, que me parecen de sumo interés y que me llevan a sugerir su lectura.

Pienso, en primer lugar, que realmente estamos ante una obra que viene a poner las cosas en su lugar en un panorama historiográfico como el que vivimos, en el que los separatismos han hecho de la Historia un campo de batalla ideológico para la consecución de sus objetivos. En el frente que han abierto, cualquier mentira, cualquier exageración, cualquier ocultación o manipulación de los datos históricos son perfectamente válidos, si con ello consiguen dar argumentos a unas masas nacionalistas proclives a oír todo disparate que les ratifique en sus argumentos antiespañoles. Así, frente a los indocumentados del Institut de la Nova Historia o frente a los redactores de los textos de Historia que se estudian en las ikastolas, Francisco Ortiz esgrime una colosal batería de fuentes que desde los clásicos grecorromanos, pasando por los grandes sabios de la Hispania visigoda y por las múltiples crónicas de los reinos medievales, termina demostrando lo obvio: la existencia de una comunidad ancestral de probado abolengo, que aglutina a los habitantes de la península que se dio en llamar Iberia, Hispania o España, comunidad a la que no fueron en absoluto ajenos los habitantes de Euskal Herria o de Cataluña.

Y lo hace con un manejo historiográfico y filológico propio de los más consumados especialistas en las fuentes, traduciendo directamente la *lingua mater* en muchos casos o demostrando su conocimiento de los giros lingüísticos del euskera.

Pero, además, no sólo efectúa una labor de recensión de textos y estudios. En *España, vieja patria* encontramos también novedosas teorías y puntualizaciones históricas fruto del estudio y conocimiento exhaustivo de las genealogías regias y nobiliarias de los diversos reinos peninsulares. En ese sentido es una obra innovadora y que aporta auténtico conocimiento histórico.

Sin duda podrían destacarse muchísimos aspectos más de esta inmensa obra como, a modo de ejemplo, el transcendental papel jugado por la Iglesia en el mantenimiento de la substancia de los hispánico, el rol que en la conformación de lo que nos es propio tiene el toro y los elementos rituales que surgen a su alrededor o la trascendencia de la ininterrumpida sucesión regia. Solo me resta por decir, antes de que nadie pueda ser llamado a engaño por sus prejuicios, que esta no es una obra fruto de alguien anclado en un supuesto nacionalismo español antivasco o anticatalán. Nada más lejos de la realidad. *España, vieja patria* es una loa a lo que nos une, desde el profundo respeto, conocimiento y amor a los idiomas, costumbres, peculiaridades y culturas de nuestros hermanos vascos, catalanes y demás, tan hispanos (o probablemente más) que cualesquiera otros habitantes de la piel de toro.

José Berdugo

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

La chusma

Una edil podemita se excusa tras subvencionar a su hermana, con estas palabras: «Me despisté»

La concejala de Aranzadi-Podemos en el Ayuntamiento de Pamplona, Laura Berro, se ha negado a dimitir tras salir a la luz que votó a favor de conceder una subvención de 130.000 euros a la asociación de la que es presidenta su hermana, durante una comisión del Consistorio. «No conocía el reglamento. Me despisté», lo ha justificado la concejala, y responde a los que la han criticado acusándoles de querer atacar al gobierno del cambio.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.